

A PROPOSITO DE LA TRADUCCION DE «VASCOS Y GEORGIANOS», DE SHOTA DZIDZIGURI

Hace tan sólo unos meses que ha aparecido la traducción castellana (realizada desde el francés) de la obra del lingüista ruso Shota Dzidziguri *Vascos y Georgianos*. La traducción constituye el n.º 1 de la colección Ipari, editada por Noranahi, Sociedad Anónima de Ediciones, con sede en Vitoria, y ha sido impresa en la misma ciudad por IMSO, Artes Gráficas.

Decir traducción ya es decir mucho. Posiblemente sea incluso decir demasiado. Uno no puede menos de preguntarse qué entiende la traductora por *traducir*. Y qué entienden por ello, a su vez, los editores, últimos responsables de que este volumen haya salido a la calle. No hay derecho, por supuesto, a que al público, al cliente, al lector se le cobren en librería las pesetas que este libro cuesta, cuando a cambio de su dinero sólo se le ofrece un producto adulterado y contaminado: un producto en indudable mal estado. Si los traductores hubiesen de pagar multas por los géneros defectuosos que sacan a la venta, no me cabe la menor duda de que éste de *Vascos y Georgianos* pagaría una cuantía bien elevada.

Porque no hay derecho a que se mantengan en castellano nombres franceses para los que nosotros tenemos justa correspondencia desde hace siglos.

Así, al historiador *Apiano* se le cita a lo largo de *toda* la obra con el nombre de *Appien*.

Y el *Ponto* o *Ponto Euxino* aparece sistemáticamente bajo el disfraz galo de *Pont* y *Pont-Euxin*; y se repiten las alusiones a «la región del Pont», a «un poblado del Pont», «al mar del Pont» y a las «orillas del Pont».

Y a *Esteban* de Bizancio se le denomina aquí *Etienne* de Bizancio, de la misma forma que encontramos al historiador griego *Megástenes* bajo la forma francesa *Megasthene*.

Y *Eustacio* de Tesalónica se disfraza en la versión de esta traductora unas veces bajo el nombre de *Eustaquio* (!) y otras bajo el de *Eustate*, que es, de nuevo, su nombre al otro lado de los Pirineos.

Y *Apolodoro* ofrece en la página 72 una doble l, como en francés, mientras que hasta ahora en castellano estábamos habituados a escribir (y pronunciar) tan sólo *Apolodoro*.

Y *Dionisio Pieregetes* firma el lema inicial del libro como *Dionisio Perieget*, mientras a lo largo del volumen volverá a surgir siempre como *Denis el Periégète* (incluidos los dos acentos franceses).

Y hasta en la mencionada página 72, una de las más calamitosas de la obra, se cita entre Estrabón y Eusebio de Cesarea a *Arriano*, cuando a quien se está aludiendo es, nuevamente, a Apiano.

Con tan sólo haber consultado el Espasa, y es bien poco, se habría ahorrado la traductora muchos de estos errores.

Capítulo aparte, y tan grave como el anterior, es el uso indiscriminado que la traductora hace de palabras que «suenan» a castellano, pero que indudablemente no pertenecen a nuestro idioma, y por lo tanto nada significan en él, con lo que no son pocas las frases que quedan huérfanas y vacías de todo sentido. El lector vuelve a releerlas y vuelve a encogerse de hombros. Como en el caso de la frase: «Debemos mencionar aquí una *citación* extraída de los escritos de Eustaquio (s. XII)». En castellano el pasaje de algún texto que se alega como prueba recibe el nombre de *cita*, no de *citación*, que es burdo galicismo.

He aquí otra frase cualquiera: «Parece que este investigador... no excluía, por principio, la hipótesis de una *colusión* vasco-caucásica» (p. 149). ¿Sabe la traductora que *colusión* significa en nuestro idioma la «acción y efecto de pactar o confabularse en daño de un tercero»? Si es así, yo al menos desearía que se me explicase en daño de qué tercero se han confabulado las lenguas vasca y caucásica. La respuesta podría ser altamente interesante.

Comportar es verbo castellano, quién lo duda. Y en su uso transitivo tiene el sentido de *sufrir* y *tolerar*. Sentidos que indudablemente no «casan» en estos contextos y otros similares que uno encuentra en el libro:

«Los antiguos monumentos de Oriente, que se remontan al primer y segundo milenios, *comportan* informaciones que indican que...» (p. 6).

«Pero la cuestión es que es imposible que el país de Tabal, compuesto por veinticuatro «reinos», *comportara* pueblos, todos étnicamente emparentados» (p. 42).

Aquí se ha traducido literalmente el verbo francés *comporter*. Si no, no hay explicación alguna.

En fin, de entre este pandemionium de errores y sinsentidos quisiera tan sólo reproducir algunas frases típicas, que acaso por mi excesiva cortedad mental no llego a entender bien.

«Los iberos de Occidente vinieron a instalarse *sobre el territorio que está inclinado en el Pont y la Colquida*» (p. 9).

«A partir de esta época se cuestiona este problema en los escritos en lengua georgiana de la Iberia de España» (p. 72). (Pregunto: ¿Es que en la Iberia de España hubo escritos en lengua georgiana?)

«La *i*, que está en pre-posición en la palabra *iber*, es considerada como el artículo, del que se ha confirmado que existía en libro» (p. 63).

«Iberia conlleva en gran parte un número de villas y burgos» (p. 10).

Para finalizar y no insistir sobre lo dicho, un consejo, dos preguntas y un ruego.

El consejo es para el probable lector-comprador: No compre el libro, a menos que le guste tirar su dinero. Siempre puede dárselo a algún necesitado.

Las dos preguntas son para la editorial Noranahi: ¿Cómo han sacado ustedes esta bazofia al mercado a un precio de 600 pesetas, cuando es algo por lo que ustedes tendrían que pagar para que el lector se lo llevara a casa? ¿Van a seguir en la misma línea de calidad los próximos números de la colección *Ipari*?

Y el ruego a la traductora: Por favor, no vuelva a cometer felonías como ésta. Aprenda antes francés. Y mejore su castellano. Por favor.

Julio-César Santoyo